www.librosaguilar.com/co
Empieza a leer... Sonrie, todo está bien

SONRÍE, TODO ESTÁ BIEN

Una sonrisa es más poderosa que un problema o una enfermedad

Juan Manuel Correal
-PAPUCHIS-

AGUILAR

AGUILAR

© 2013, Juan Manuel Correal

© De esta edición:
2013, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.
Carrera 11A N.º 98-50, oficina 501,
Teléfono (571) 7 05 77 77
Bogotá, Colombia

- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
  Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.
  Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
  México, D. F. C. P. 03100
- Santillana Ediciones Generales, S. L.
  Torrelaguna, 60. 28043, Madrid

Diseño de cubierta: Pauline López Sandoval
Fotografía de cubierta: Cortesía Revista GENTE Colombia
Diagramación: Luz Samanda Sabogal Roa

ISBN: 978-958-758-565-0
Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Primera edición en Colombia, julio de 2013

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida
por un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

PRISA EDICIONES

CONTENIDO

Agradecimientos 7

El primer día del resto de mi vida 13

Un muchachito insoportable 21

Mis ángeles guardianes 24

Vivir así no es chistoso 28

Los cinco superenemigos 32

El paseo de la vida 49

La radio 57

Cuando quiera hacer reír a Dios,
cuéntele sus planes 62

El baúl 67

La llave 72

El juego 76

La actitud 84

La simplicidad de la vida 96

Simplicidad 120

Cosas simples que desestresan, nos hacen felices y no cuestan dinero 121

El humor en la productividad 125

Reinvéntate, Juan 139

¿Por qué una sonrisa constante es más poderosa que una ofensa, un arma o un tumor? 148

La vida es un mar de oportunidades 151

¿Qué es una oportunidad? 158

Los problemas y las enfermedades son como los dragones 165

Todo pasa, todo se restaura 167

AGRADECIMIENTOS

A los médicos Juancho Vargas, Armando Echeverry y Toño Assaf, de la Clínica Norte en Cúcuta, quienes prestaron sus manos para que Dios obrara su sanación en mí.

A mis padres Manuel Hernando (q.e.p.d.) y Betty, y a mis hermanos Laura y Santiago, quienes con lágrimas en sus ojos me sonreían para que no me angustiara.

A mis adorados hijos Maria José y Manolo, y a su mamá Diana, quienes me sostuvieron de la mano para que no me fuera.

A mis familiares, amigos y colegas, quienes me acompañaron con mensajes positivos.

A mis consejeros Albita (q.e.p.d.), Eduardo, Padre Saúl y Adriana Campos, y a toda la comunidad católica Hijos de Cristo Vivo, quienes oraron en vigilia para que el milagro se hiciera.

A «Papá Jaime» Jaramillo, quien me enseñó a meditar en estado de conciencia y a vivir en paz interior.

A María Carolina, por aparecer para reír a mi lado y llenarme de felicidad, inundando mi corazón con su amor puro y una nueva ilusión.

A Manuelita, porque su naturaleza de niña me motiva a revivir el niño que hay en mí.

Nuevamente a mis hijos por sonreír conmigo en la distancia cada vez que llueve.

A Jota Mario y a «Neth», por abrirme las puertas de su programa de televisión para que yo pueda ir a jugar con ellos.

A las miles de personas que han asistido a mis conferencias y han dejado la huella de su sonrisa en mi memoria.

A las otras miles que compraron este libro para difundir un mensaje de alegría.

A la fuerza del espíritu que me inspira cada día para trascender como ser humano.

EL PRIMER DÍA DEL RESTO DE MI VIDA

El sábado 7 de marzo del 2010, luego de celebrar el cumpleaños de mi hermana y brindar por la vida con mis padres, desperté para cumplir una cita con el destino.

A las 9 de la mañana, en un ambiente de cortinas cerradas y aire acondicionado, era muy normal seguir durmiendo para empatar con el tradicional mute, plato típico para el almuerzo de las familias de mi ciudad en el sexto día de la semana.

Pero mi necesidad de atender compromisos y nuevos retos me tenía un encuentro con una nueva oportunidad. Es decir, quería sumarle más cargas a la carga, sin advertir que ya la máquina se fundía y que esa cita salvaría mi vida.

Mamá, siempre pendiente de sus hijos, con su sonrisa permanente asomó su carita para decirme: *Mijito, ¿usted no tiene una reunión con Donamaris y un señor?*

Donamaris es un señor con nombre de señora que quería ser alcalde de la ciudad y luego lo consiguió. El

otro señor es Víctor, un empresario de comunicaciones, propietario en ese entonces de un canal local donde, en conjunto, jugaban a la televisión. Querían de mí una asesoría y, como todo en Cúcuta, las cosas se iban a hablar acompañadas de unos pasteles de garbanzo con ají tradicional y Kola Hipinto con pitillo.

Esa cita salvó mi vida porque, de no ser por ella, el placer de mi cama en el Hotel Mamá de 5 estrellas y el sonido del aire acondicionado me hubieran arrullado hasta el esperado llamado: ¡Juancitoooo, el mute ya está servidooo!

Solo que, de haber sido así, el llamado ya no lo hubiera escuchado, pues el trombo de una isquemia cerebral que venía ocurriendo ya estaba muy cómodamente estacionado en una de mis arterias parietales, en la región del cerebro que regula el habla.

Al despertar con la dulce voz de mamá, quise responderle algo que dictó mi cerebro: *Gracias, mamita*. Tras unos segundos me di cuenta de que, aunque la orden se dio, las palabras no salieron. Entonces, con un gesto del pulgar levantado y una sonrisa, le hice saber que ya la había escuchado.

Las siguientes palabras de una madre luego de saludar a su hijo en la mañana siempre serán: ¿Qué quieres desayunar?.

Nuevamente el cerebro dio el comando y la respuesta se quedó en silencio y así, con monosílabos y señas, respondí que nada, y me fui a ver cuál sería la propuesta que me tenían.

En medio de la reunión, me sentí en el lugar equivocado, y la voz de alerta se dio para disparar las alarmas e ir a parar en los pasillos de la Clínica Norte, donde tantas veces, por suturas en cejas, codos y cabeza, había reunido más puntos que el Cúcuta Deportivo.

La cara de angustia del equipo médico me decía que estaba al borde de la muerte, y el llanto silencioso de mis padres me indicaba que eran mis últimos momentos. Entonces recordé que Dios no está arriba esperándome sino dentro de mi corazón, y allí lo busqué para decirle que si esto hacia parte de su plan, me diera su bendición, protegiera a mis hijos y que se hiciera su voluntad. Pero que, si no era su plan conmigo el que estuviera a su lado, me permitiera vivir... y, a la colombiana, que luego «arreglábamos».

En realidad sentía algo muy bonito, una sensación de tranquilidad y paz.

Una voz al oído se quedó grabada en mi memoria: *Todo está bien.*

Con esa voz desperté y, al abrir los ojos, quise decir: «Gracias, Dios mío», esfuerzo vano porque el trombo

alcanzó a destrozar esa parte del cerebro que regula el habla.

Papuchis estaba vivo, pero no podía hablar.

Yo me sentía en un estado similiar al que que debe vivir un negro de la cultura rasta cuando se fuma un *joint* a las cinco de la tarde en el ocaso, bajo una palmera de la isla. Para mí todo era *No problem.* Para los demás, una tragedia. Yo lo veía en la expresión de su rostro y entendía muy bien las señas que se hacían para que yo no me impactara con la realidad del diagnóstico.

Llamadas de Julio Sánchez desde España, entrevistas de Juan Gossaín, mensajes de Vicky Dávila, Andrea Serna, Jessica De la Peña, Guillermo Díaz Salamanca y muchos colegas de la radio, palabras bonitas de Jota Mario en el programa de la mañana del canal para el que yo trabajaba, noticias en la prensa y visitas de amigos a la clínica me indicaban que algo andaba mal.

Entre Dios y yo ya había un pacto, y solo tenía mi sonrisa para decirles: *Todo está bien,* y esa fue mi única comunicación mientras comprendía por qué las frases que construía en mi mente no podía expresarlas.

Aun así, la realidad era cruda. Tras 20 años en la radio y la televisión era difícil aceptar que mi herramienta de trabajo estaba inservible. Momentos difíciles, de confrontación y terapias infructuosas, que me llevaron

a que el desconsuelo y la frustración jugaran con mi mente. El diagnóstico médico era desconsolador; los daños cerebrales eran irreparables e irreversibles.

Sin embargo, el corazón siempre estuvo firme, lleno del amor de Dios y mucha fe.

En mi condición de ser humano, una mañana de sábado, en terapia, resultó frustrante oír la grabación de mis ejercicios tratando de leer una noticia del periódico en voz alta y luego intentando hacer un informe para la radio con una nota de información como las que antes hacía. Todo esto resultó muy mal y Claudia, mi terapeuta, me dijo: «Juan, es hora de aceptar que nada será igual». Decidí confrontar nuevamente a Dios, tomé mi carro sin rumbo fijo y, en silencio, grité: *Padre Mío, ¿dónde estás?*; *explícame para qué está pasando todo esto y qué quieres de mí, así, sin poder hablar. ¿Cómo te puedo servir?* Y le planteé un segundo pacto: le dije que yo dejaría todo atrás, pero que me diera la oportunidad de transmitir con palabras una voz de alerta a mis hermanos que están atrapados por la red de la angustia, la preocupación y el estrés.

Con lágrimas en mis ojos y desesperación en mi mente, escuché su voz de nuevo: *Todo está bien*, entonces sonreí y lloré de alegría.

Le pedí también que se encargara del cáncer de mi padre y que se hiciera su voluntad de sanación en

él. Fue cuando esa voz se replicó de nuevo: *Todo está bien* y grité en silencio de felicidad: *Gracias, Dios mío.*

Luego fui tan atrevido que le repetí las mismas palabras del año 2002, cuando, en un momento de dolor, pedí su auxilio y señales de su existencia, señales que se dieron. Desde entonces Dios habita en mí y yo en él.

En ese entonces no se hizo esperar. Creo que, a pesar de sus tiempos pausados, él reconoció en mí una de sus almas elegidas, porque en ese instante, al mirar al frente, vi que el bus que iba adelante tenía en su vidrio panorámico trasero la bella imagen de Jesús sonriente, mirándome, como diciéndome: *Todo está bien.*

Yo creí, y supe esperar.

Solo lo creí, porque lo sentí, y cuando me di cuenta, una palabra se unió con otra, y luego una frase con otra, y así en mis meditaciones esa voz se repitió una y otra vez.

Entonces, al despertar cada mañana, asumí una actitud de triunfo a pesar de la adversidad.

Es decir; yo le creí a Dios a boca cerrada. Como también creí que el cáncer de mi padre, ya en estadio cuatro con triple metástasis en colon, hígado y pulmón, sería sanado.

De esa forma recuperé la confianza y se restauró mi autoestima, de manera que a los varios meses estaba

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

yo mismo ofreciendo una misa de acción de gracias... por mi vida, por la oportunidad, porque mis palabras volvieron, y las frases se ordenaron, porque sonreía y me abrazaba con mi padre por su increíble sanación.

El milagro no es la imagen frente a mí. El milagro es que más de 85 000 personas* se han reunido en distintos auditorios a escuchar esta historia, con estas palabras que ya no son mías.

El milagro es que durante cinco años más mi padre jugó tenis por las mañanas, y que él, mi bella mamá, que siempre estuvo a su lado, y yo nos abrazamos de alegría. Aunque su último diagnóstico arrojó un colon sano, un hígado sano y unos pulmones con una contaminación mínima de cáncer, ya se apagó de cansancio y por su cuenta buscó los brazos del Señor, gozando de una paz interior y una armonía que lo han llevado a desprenderse de este mundo para cambiar su forma y convertirse en nuestro ángel.

Todo resultó conforme lo había pedido en sus reflexiones personales, que semanas antes compartió conmigo en una conversación íntima, llena de promesas, juramentos, perdones, agradecimientos, sonrisas y abrazos.

* A diciembre del 2012.